



El Eco de Cartagena

AÑO XXXI

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8992

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7 1/2 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 1/2 id.—La suscripción empezará á contar desde el 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirige al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassin, 61, y J. Jones, Boulevard-Montmartre, 51, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Win-chester Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 34.—

MARTES 20 DE OCTUBRE DE 1891.

Vichy catalán.— Véase el anuncio en la cuarta plana.

PINTAR COMO QUERER.

Un distinguido escritor francés, Robert Michell, se ha adelantado al tiempo; y dejando volar su imaginación, ha publicado en Le Matin del 8 de Octubre de 1891 un artículo que él cree que se puede escribir en Diciembre de 1894, después de terminada la guerra que nos amenaza.

A título de curiosidad, reproducimos este artículo, que se parece á los «juicios del año» que publican en los almanaques, y final del cual no estaría de más repetir, como en aquéllos: «Dios sobre todo.»

Dice así el artículo:

La última guerra.

Después de dos años, y á desdicho de las seguridades dadas en contrario, preparábase la Europa para la guerra próxima é inevitable.

Los jefes de los diversos Estados de Europa aprovechaban todas las ocasiones favorables para afirmar públicamente su voluntad de mantener la paz; pero la multiplicidad de estas protestas, en harta frecuencia repetidas, disminuían su autoridad.

Un desarme general hubiera tranquilizado los espíritus, más no podía pensarse en tal medida, sino después de haber apaciguado todas las iras internacionales, satisfaciendo las reclamaciones de las grandes potencias; pues la Rusia, Francia, el Austria y aun la Italia, no podían considerarse «uti possidetis» como el término definitivo de su desarrollo y la realización completa de sus destinos. La misma Alemania codiciaba secretamente las provincias alemanas que no habían sido aún incorporadas al Imperio; Inglaterra abarataba más de lo que podía apretar, considerándose satisfecha y no apechando otra cosa que la consolidación de sus inmensos dominios mundiales.

Entretanto, nadie quería aceptar la responsabilidad de una guerra que hubiera sido funesta para toda Europa, y cada pueblo aguardaba impaciente el resplandor que debía iluminar el mundo, provocación que le haría las cosas graves más fáciles. Damocles estaba en peligro sobre la cabeza; la Europa estaba en el mismo estado psicológico; pero quien hubiera tenido el valor de romper el hilo?

En estos momentos fué cuando Francia y la Rusia enviaron á Inglaterra una nota colectiva reclamando, en términos perentorios, la pronta evacuación del territorio ocupado.

La respuesta de Mr. Gladstone, que había sucedido al Marqués de Salisbury, fué, como era de espe-

rar, vaga y dilatoria, por cuya razón fué bien pronto seguida de un «ultimatum.»

El resplandor brilló al fin; la guerra iba á estallar.

En tanto, no se notaba una sola demostración popular ni en París, ni en Berlín, ni en San Petersburgo. Hallábanse en todas partes bajo la presión de una especie de angustia patriótica, y se hizo en Europa un silencio solemne, que sólo la Italia se disponía á turbar.

Los italianos veían en la guerra el término de sus embarazos financieros, y contaban con una conflagración general para completar su unidad. En Roma, Génova y Milán había llegado á su colino la efervescencia: insultábanse las banderas francesa y rusa, y triunfando la pública opinión de la prudencia del Parlamento, obligó al Rey Humberto á reponer á Crispi á la cabeza del Gobierno.

Prejuzábanse sin ser conocidas las intenciones del Emperador alemán, y nadie dudaba que la triple alianza aportaría á Inglaterra el apoyo decisivo de formidables contingentes.

Al propio tiempo, el Rey de los belgas, que se sentía amenazado por el choque previsto de los ejércitos alemanes y franceses demandaba á Inglaterra protección para su neutralidad, y en tanto, se propagaban rumores de que la Gran Bretaña se disponía á ocupar el puerto de Amberes.

Guillermo II guardaba el secreto de sus resoluciones, permaneciendo impenetrable, y la Inglaterra trabajaba para conseguir su apoyo moral, ya que no su concurso efectivo; cuando se supo, no sin profunda sorpresa, que el Emperador había partido para San Petersburgo.

Comprendióse que este viaje imprevisto no podía dejar á la Francia indiferente, y aunque había confianza en la lealtad del Czar, temíase, no sin razón, que, debido á las circunstancias, pudiese ocurrir algún accidente imprevisto.

No queriendo el jefe del Gabinete francés confiar el asunto á un embajador, y deseando aclarar el motivo de la visita imperial, partió él mismo para San Petersburgo.

Ya se sabe la emoción que se sintió en toda la Europa occidental cuando el 14 de Abril de 1893 transmitieron las agencias telegráficas á todos los periódicos esta sorprendente noticia:

«El Emperador Guillermo II acaba de adherirse al ultimatum dirigido á Inglaterra por Francia y Rusia.»

Este fué un golpe de efecto extraordinario.

El pueblo de Londres mostrábase amenazador, pidiendo la acusación del Ministerio Gladstone, en tanto que en Roma arrojaba á Crispi del poder un movimiento popular, cuando apenas se había instalado en el ministerio.

La opinión pública en Francia oscilaba entre dos corrientes contrarias: los unos no veían sin dolor desvanecerse el sueño tan largo tiempo acariciado de la revancha,

los otros se regocijaban ante la idea de que la ruptura no era de temer.

Pensábase que la Inglaterra, persuadida de su debilidad, habría de ceder; pero no pasó así, puesto que resistió, y al ultimatum de las tres potencias opuso una negativa categórica.

El conflicto estalló.

No voy á hacer aquí una relación de esta guerra que no debía ser muy larga, y no fue muy mortífera.

Inglaterra no podía luchar contra los ejércitos y las armadas unidas de Francia, Alemania y Rusia. Al primer disparo de cañón proclamaron su independencia el Canadá, la Australia y la Nueva Zelanda.

La India se sublevó, y los cipayos insurreccionados dieron la mano á los rusos, que se presentaban como sus libertadores.

Los buques de S. M. británica obtuvieron algunos éxitos; pero estas victorias parciales no podían ejercer una influencia decisiva sobre el resultado final de las operaciones.

Cuando se vieron amenazados en sus propios hogares, los ingleses pidieron la paz, obediéndola por la intervención oficiosa de León XIII.

Partiéronse equitativamente los despojos del vencido.

La India correspondió á Rusia; Austria tomó posesión de la península balcánica, cediendo al emperador Guillermo sus provincias alemanas con el puerto de Trieste. Restituyóse Gibraltar á España; Chipre á Turquía. El Egipto convirtióse en una provincia del imperio otomano, que cesó de ser una potencia europea. La cruz reemplazó á la media luna sobre la cúpula de Sta. Sofía. Ofreciéronse á la Francia las islas de la Mancha y la Bélgica. Diósele también la Birmania, en el Asia; aumentóse el territorio en la India, y fuéle concedida Terranova.

La Francia rehusó. Quería entrar en posesión de las provincias perdidas, y no formulaba otra pretensión.

Rusia apoyó las reclamaciones de Francia, á las que Alemania se opuso terminantemente.

Apenas concluida la guerra, amenazaba estallar de nuevo. Austria entretanto abandonaba su antigua aliada para aproximarse á la Francia; por otra parte, Alemania, que había podido apreciar el valor de los soldados rusos y franceses, comprendió que no podía resistir sin peligro á la voluntad de Europa, y cedió, estipulando que para efectuarse la cesión debieran ser consultadas la Alsacia y la Lorena.

El resultado de este plebiscito no podía ser dudoso, y las dos provincias fueron de nuevo, y para siempre, incorporadas á la patria francesa.

Neutralizóse Constantinopla, que fue custodiada por una guarnición mixta de austriacos, rusos y franceses. Queríase que el Papa fijase allí su residencia; pero el

Santo Padre, desoyendo las solicitudes que de todas partes recibía, persistió en su deseo de vivir en Roma.

Se efectuó el desarme, y los cuarteles restituyeron al trabajo las fuerzas por tan largo tiempo esterilizadas.

De este modo, con los despojos de Inglaterra, pudo asegurarse por cien años la paz y el reposo del mundo.

ROBERT MITCHELL

Diciembre, 1894.

(El Heraldo).

VARIEDADES

LA MEJOR RIQUEZA

Al tiempo que en un reloj suenan las dos, se oye una voz ronca, que grita:

—¡Toribooooo...!

Algunos minutos después, el sereno abre la puerta de una casa de buena apariencia; un hombre entra en ella sin decir palabra, sube hasta el segundo piso, cuya puerta abre con un llavín, se dirige á obscuras á un gabinete, en que entra corriendo la puerta tras sí, y después de encender una bujía y de tirar sobre una silla gabán y sombrero, se pasea inquieto, se mesa los cabellos, se para y vuelve á pasear con más precipitación.

De pronto toca un timbre y se deja caer con desaliento en una butaca, murmurando:

—¡Qué noche! ¡Qué suerte...! ¡Cuánto he perdido!... Otra sesión como la de hoy y estoy arruinado.

Sorprendido de que no acudan á su llamamiento hace sonar repetidamente el timbre, pero nadie acude.

—¡Petra...! —¡Petra! grita desahogado.

Un sepulcral silencio reina en toda la vivienda.

Por fin se levanta, coge la bujía y como una fiera hostigada, se lanza fuera del gabinete y recorre una por una todas las habitaciones, sin encontrar á nadie en ellas.

—¿Dónde está mi hija? —¿Dónde mi criada? —se pregunta en el colmo de la rabia, y del aturdimiento; pero se halla solo, completamente solo, y va y vuelve por todas partes, buscando inútilmente la causa, la razón; el por qué de aquel aislamiento.

En su furor derriba las sillas, empuja los muebles, deshace las camas para ver si encuentra rastro ó explicación de lo que pasa.

De pronto abre un armario, exclamando:

—¿Me habrán robado?... ¡Ah! no: está el dinero... el poco dinero que me queda, el que puede ser base de una fortuna si mañana me favorece la suerte... Pero... dónde estarán á estas horas?... ¿Cómo y por qué se han ido?

Hablando así volvió á su gabinete y al dejar la bujía sobre la mesa, vió una carta sin sobre. Cogióla con mano febril, la desdobló y leyó lo siguiente:

«Padre mío; perdona si te abandono; al hacerlo no hago otra cosa

que imitarte. Tú tienes una pasión á la que todo lo sacrificas: el juego; yo tengo otra por lo que todo lo arrostro: el amor.

Perdona mi locura como te perdona la tuya tu hija.—Amalia.»

No hay pluma que pueda describir el efecto que estas líneas produjeron en el atribulado padre.

¡Qué noche tan horrible pasó! Durante sus horas de insomnio su conciencia, cual juez severo, pero justo, le hacía comprender que él había sido la causa de la perdición de su hija.

El abandono en que la había tenido, el poco cariño que la demostrara, las privaciones en que la había sumido, los malos tratamientos con que había acogido sus exhortaciones é indirectas censuras, todo ello le acusaba de mal padre, todo ello le decía que lo sucedido era lógico y natural y aun pequeño castigo para su falta.

Prometábase á veces la enmienda, hacía ofertas de ser otro en adelante, pero en seguida, dominado por la tentación y el vicio, se decía:

—¿Cómo vivir sin jugar? ¿Cómo no intentar un golpe de fortuna con el poco dinero que me queda? De todos modos lo sucedido no tiene remedio. Juguemos, juguemos hasta recuperar lo perdido ó perder el último céntimo y si llega este caso ahí está mi revólver, porque ¿para qué quiero vivir sin honra, sin dinero y sin hija?

Así le sorprendió la luz del día. Al llegar el sol al meridiano aun permanecía dormido. Vistióse al anochecer, cogió el dinero que le quedaba y abandonó la vivienda dirigiéndose con paso rápido y febril á la casa de juego, donde antes de acercarse al tapete verde tomó algún alimento.

Luego jugó y ganó, ganó mucho; un montón de oro tenía delante, ya no pensaba en su hija; ya no recordaba sus propósitos de enmienda si recuperaba lo perdido; el vértigo del oro le enloquecía y jugaba y jugaba con más afán cada vez y siempre ganando.

Sonó la media noche y empezó á declinar su fortuna, tanto, que al primer rayo de la aurora se encontró en la calle solo, sin un céntimo, sin alhajas y con su vergüenza, su deshonra y sus remordimientos.

Con paso rápido se dirigió á las afueras: había concebido el propósito de matarse.

Absorto en sus pensamientos no vió que un hombre le seguía.

Cuando se apoyó sobre su sien, el cañón de un revólver mejió una mano, tocándole suavemente en el brazo, hizo que el proyectil pasase por encima de su cabeza. Al voltearse, tan sorprendido como iracundo, se encontró frente á frente de su mejor amigo, el cual le dijo:

—Acabas de nacer: eres otro hombre: tu hija es honrada: huyó de tu casa á la mía deseando ver si te curaba. ¿Lo habrá conseguido? El suicida abrazó á su interlocutor deshecho en llanto. Media hora después lloraba en brazos de su hija la cual le decía:

—El trabajo es la mejor riqueza.

Carmen Solo.

Handwritten signature or scribble at the bottom of the page.